

# CHM

Nº 10 - SEPTIEMBRE 2015

ESPECIAL ZOMBIS



CON:

BOMBI & CHARLIE

GALIELÓN

JOE ÁLAMO

JUAN DE DIOS GARDUÑO

BEA MAGAÑA

JJ HERNÁNDEZ

DAVID J. SKINNER

JORGE URRETA

MC ENCINAS

JOSÉ MARTÍN BARTOLOMÉ

DANIEL RUBIO MARTÍNEZ

JOSÉ MANUEL DURÁN

ALFONSO ZAMORA

GIRARDI




# CHM

Número 10 – Septiembre de 2015  
Especial Zombis

DIRECTOR:  
Eustaquio T-Rex

EDITA:  
Charmer Productions  
Madrid

© Charmers & Charmers, 2015




4/40 [Grid] [Search] [Full Screen] [Share]

↑ Página/Total / Búsqueda de texto / Pantalla completa  
Des/activa miniaturas Vista de 2 ó 1 página

Podemos visualizar la revista en dos páginas tipo *flip* (se pasan como si fueran de papel haciendo click en la flecha al margen y podemos movernos con el puntero por el texto) o en una sola. En este último caso, las páginas se pasan con dos flechas que aparecen a la izquierda del numerador de páginas, y el texto avanza con otra que apunta hacia abajo. Puede variarse el tamaño con dos lupas con los signos + y - grabados.

En modo pantalla completa aparece esta barra de navegación (la lupa y el botón de vista de 2 ó 1 página funcionan igual que arriba)



↑ Zoom Botones de pg. adelante/atrás Compartir o descargar

## EN ESTE NÚMERO:

Editorial.....	3
David J. Skinner: <i>Supervivencia</i> .....	4
JJ Hernández: <i>Yo, esto... superviviente y tal</i> .....	5
Bombi Charmer: <i>El pasaje del terror</i> .....	11
Juan de Dios Garduño: <i>El viejo que cada día veía morir el sol desde su azotea</i> .....	13
Galielón: <i>Cosas que se les dan bien y mal a los zombis</i> .....	19
Charlie Charmer: <i>Perdonen las molestias</i> .....	21
Mc Encinas: <i>Extinción</i> .....	28
Joe Álamo: <i>Esto es el fin</i> .....	29
Bea Magaña: <i>Marketing agresivo</i> .....	31
Jorge Urreta: <i>Mami fue la primera en caer</i> .....	33
Daniel Rubio Martínez: <i>Los vivientes muertos</i> .....	35
Alfonso Zamora: <i>Los zombis no saben nadar</i> .....	36
José Martín Bartolomé: <i>Cómo sobrevivir a un holocausto zombie</i> .....	39
José Manuel Durán Martínez: <i>No hay final feliz... o quizás sí</i> .....	41
Pepo, el estrafalario: <i>Esperando al del gas</i> .....	44
Girardi: ilustración portadilla y contraportada	



\* Silly Roger avisa: si te has bajado esta revista de tantos nidos de piratas como pueblan la red, te han tomado el pelo. Son webs con software malicioso y publicidad que, a menudo, te obligan a registrarte o dar un nº de móvil para bajarte una revista que sus creadores te ofrecen gratis, sin publicidad ni registros, en un entorno seguro: <http://issuu.com/chorradamensual>

© CHM es una revista gratuita y sin ánimo de lucro, cuyo único fin es promocionar a los autores que publica. Las obras que aparecen en CHM son propiedad de éstos, únicos responsables de su contenido. La revista no se identifica necesariamente con sus opiniones individuales. Se permite el enlace electrónico a la publicación y las citas sin alterar e indicando el autor y esta revista como fuente.

Envíanos tus colaboraciones, críticas o comentarios a: [chorradamensual@gmail.com](mailto:chorradamensual@gmail.com)



<https://twitter.com/chorradamensual>



<https://facebook.com/chorradamensual>



## Editorial

Eustaquio T.Rex

Cuando hablamos de literatura abarcamos muchos más mundos de los que creemos que existen. Solo las mentes más cerradas se limitan a un tipo de tema y eso lo provoca el desconocimiento que existe sobre el amplio universo de las letras. En muchas ocasiones, y dentro del respeto que nos merece quien lee, pues al menos lo hace, se desprecian algunos géneros por mera ignorancia sobre su valor. Como quien rechaza un plato sin haberlo probado sin conocer los ingredientes.

Por fortuna nuestra visión es mucho más amplia que la de ese público. En *CHM* amamos la literatura y sabemos que existen géneros incipientes mucho más importantes de lo que el público más generalista pueda percibir.

Uno de ellos es el *género zombi*, cuyo fondo contiene un buen grupo de reconocidos y excelentes escritores, así como también una cantidad interesante de leales y fieles lectores que crece de día en día. ¿Y por qué se da este fenómeno? Pues porque la supervivencia humana ante amenazas globales siempre ha atraído. ¿Y qué mayor amenaza puede existir para el ser humano que el mismo hombre? Ninguna.

Dicho esto, es fácil imaginar lo que pasaría si las mismas personas desataran una sed de sangre sin límites y que esa sed consistiera en la única meta por cumplir. Si lo aderezamos con el hecho de que la muerte no signifique obstáculo para los destructores y que el riesgo a la extinción de la humanidad, por otra humanidad muerta, alimente la sagacidad y valor de los supervivientes, obtendremos el cóctel perfecto.

Porque, como suele decir un conocido autor del género, las historias de zombis no van de muertos, sino de supervivientes. De desesperación, de muerte, de valor, de esperanzas, de superación...

Todo sentimiento puede tener cabida en un género que, bien escrito, se basta por sí solo para sobrevivir en el voraz mundo literario.

Y escribir es algo que se les da muy bien a los autores que colaboran en este número. Tenemos el orgullo de poder ofrecer un elenco de autores muy representativo de nuestra cultura zombi.

Solo os deseo que sobreviváis a las páginas que os esperan por delante. Y que las disfrutéis, claro.

Un abrazo verde y viscoso.

Eustaquio T-Rex.

# **SUPERVIVENCIA**

David J. Skinner

Sergio me mira con los ojos muy abiertos. Pero ya no me ve; no puede. No le he matado, estrictamente hablando. Ni a los otros. Estaban muertos horas antes de encontrármelos vagabundeando por las calles del pequeño pueblo madrileño en que me encuentro.

Con esfuerzo, extraigo el hacha de su cabeza y me preparo para un nuevo ataque, que no llega. He logrado, de alguna forma, acabar con todas las criaturas.

Sonrío, victorioso.

Cuando observo mi mano izquierda, mi sonrisa se transforma en una mueca. Me han mordido.

Estoy condenado.

Javier aparece —ahora, cuando ya no es necesario—, doblando la esquina de la calle. Sé que si descubre mi herida no tendrá piedad ni compasión. Yo no la tendría.

Se acerca a mí, haciendo un gesto de victoria. Como si él hubiese hecho algo. Señalo detrás de él y, aunque en realidad no hay nada, se gira para comprobarlo.

Le hundo el hacha en el cráneo. En defensa propia. A fin de cuentas, él me habría matado a mí.

En esta ocasión no consigo sacar el arma antes de que aparezcan Andrés y Julio. Me miran, y luego bajan la mirada hacia el cuerpo inerte de Javier. Julio lleva una pistola encima y, de haber sido menos estúpido, me acribillaría al momento.

No lo hace. Quiere saber qué ha pasado. Y lo sabrá.

Cojo su arma y me coloco tras él. Disparo dos veces a Andrés, que ya había comenzado a percatarse de la situación. Ahora, apunto con la pistola hacia la cabeza de Julio. No se atreve a girarse. Da lo mismo.

Aprieto el gatillo.

Entonces, aparece el dolor. Un dolor más intenso del que jamás he sentido. Mi mente se nubla, intentando tapar mis sentidos con el manto de la inconsciencia.

¡No! ¡Voy a vivir!

Noto que soy superior a la infección. La venzo. Nada va a acabar conmigo. Ni siquiera la intensa hambre que siento. Julio está aún caliente, lo noto al morderlo. Su sangre, espesa, empapa mi cara.

Soy un superviviente. Y haré lo necesario para seguir siéndolo.



## **Yo, esto..., superviviente y tal**

J.J.Hernández

Cuando uno empieza a contar una historia, a menudo no sabe cómo empezar a contarla, porque la primera palabra de una historia siempre es muy importante. Creo que empezaré usando “teta”, porque es una de esas palabras que gustan a todo el mundo.

Aunque es absurdo, porque la primera palabra que he usado no es esa realmente, sino “cuando”.

En fin, mejor será empezar por el principio, pero no muy al principio. Daremos por sabido lo del big bang y vamos a ignorar todos esos millones de años, especialmente los últimos, todo hasta llegar al año dos mil catorce.

Buen año, pasaron muchas cosas buenas, como por ejemplo..., no sé, me encontré unos euros en una caja, y..., oh, unos colegas me regalaron un videojuego cojonudo..., bueno, diré que no fueron unos colegas, me lo regalé yo, pero prefiero la versión de los amigos.

Habíamos sobrevivido al temido apocalipsis de los mayas, superamos el temido efecto dos mil, logramos soportar la alternancia de gobiernos inútiles..., no sé, imagino que sobrevivimos a tantas cosas que nos creíamos indestructibles como especie. Y así llegamos a la feria del libro de Madrid, en el año dos mil catorce, día que podemos tomar como punto de inflexión, el día en que se jodió España.

El día uno del nuevo año cero, aunque hay quien lo llama el día cero, y otros que lo llaman el año uno. Parece una estupidez pero, en serio, ha muerto gente por discusiones como esa, es uno de los temas con más mortandad en la actualidad, pero claro, sin fútbol ni política, la gente necesita nuevas excusas para pelearse.

Tampoco vamos a decir que España no estuviese ya bien fastidiada, porque lo de los zombis, mirándolo bien, ni roza lo jodido de un país en una tremenda crisis, lleno de parados y gente bien machacada..., pero una horda de caníbales pirados rara vez ayuda a mejorar la situación de algún país. Sí, cierto es que liberan puestos de trabajo, pero joder, ¿quién tiene luego valor de ir a trabajar por seiscientos euros al mes, cuando el metro está lleno..., más lleno de peña rara de lo que viene siendo habitual?

En fin, allí estaba yo, rodeado de gente, paseando entre los puestos a la caza de libros que pudieran interesarme. Era uno de esos días normales, en los que te levantas y no barajas la posibilidad de que en uno de los hospitales de la capital, un tipo que ingresó cadáver tras comerse media docena de yogures caducados, justo después de tener sexo con un macaco que mantenían encerrado en un cuartucho sin ventilación, abría los ojos de nuevo, sorprendiendo a todo el

mundo. Por algún extraño motivo la gente culpó del asunto a los yogures caducados, supongo que porque es más fácil renunciar a los lácteos que a violar simios.

Recuerdo que estaba entre los asistentes oyendo risas, fragmentos de conversaciones, y entonces hubo gritos, más gritos, más gritos..., hasta que me encontré rodeado de gente que se lanzaba sobre otra gente para devorarles la cara y arrancarles trozos de piel a mordiscos.

Mi amplia curiosidad, reforzada por una vida social inexistente, me habían preparado muchísimo para un apocalipsis zombi, de hecho, ya iba siendo hora de tener uno. Busqué un arma a mi alrededor y, tras mucho buscar, encontré el cuerpo de un policía tirado en el suelo, como no tenía cabeza, pues no me pareció peligroso.

¿Por qué luchar?, pues porque si hay un dios, no creó a los gordos para que corriésemos delante de los zombis con mucho éxito, en serio, lo he comprobado, tenía que luchar o morir. ¿Que no sabíais que soy gordo?, no lo he dicho antes porque nadie leería la historia de un superviviente con sobrepeso y escaso atractivo, porque de llevarse mi vida al cine en caso de arreglarse el mundo, no podría darme vida ningún chulazo. ¿Acaso es lo mismo una historia de un tipo seductor que hace derretirse a hombres y mujeres por igual, a la historia de un tipo obeso y feo con una forma de ver la vida muy extraña?

Con una pistola en mis manos, y años de preparación en videojuegos la mar de realistas, comprobé la recámara, y el arma quedó montada, con un flamante cartucho en la recámara. 9mm. no dan para mucho, un proyectil pequeño..., pero claro, la cosa es acertar en la cabeza, y me dispuse a buscar un primer zombi.

A mi alrededor todo era caos, escritores de todo tipo caminaban sin rumbo, buscando presas. Reverte estaba en el suelo con la cabeza destrozada, algún afortunado ya se lo había adjudicado, y por ahí estaba Allende, también adjudicada. Belén Esteban estaba subida a un árbol con una docena de personas que querían abatirla, ella gritaba y suplicaba, lo que indicaba que no era un zombi, pero..., ¿acaso importa mucho eso?

Y lo vi, alimentándose de un cuerpo sin vida tirado en el suelo. Me miró, no era un escritor conocido, ni siquiera era un escritor desconocido, no era nadie. J. J. Hernández había escrito algunos libros, pero me gustaban sus obras, y pensé que, a falta de un escritor de renombre, sería cojonudo que mi primer zombi abatido fuese el cabrón que tanto me jodió al no sacar la tercera parte de Los Diez Reinos.

Disparé, y como suele pasar cuando una persona dispara por primera vez un arma de fuego, me desvié, pero le acerté en el pecho. Cayó de espaldas, quejándose..., no era un zombi. Corrí hacia él, acojonado.

—¡No eres un zombi! —grité, sorprendido—. ¿Por qué estabas comiendo personas si todavía eres humano?

Me miró, vi en aquellos ojos algo que jamás olvidaré: Era de los míos, seguro que habría sido un buen superviviente, o un buen compañero para sobrevivir. Fragmentos de una vida no vivida con él como compañero pasaron por mi mente.

—Allá donde fueres, haz lo que vieres, ¿no? —me dijo con dificultad—. Me muero..., por favor, no tengo tiempo, diles a todos que dije algo cojonudo y trascendental antes de morir.

Y murió. Pensé en dispararle a la cabeza, pero me sentí mal. Había impedido a un gordo comer durante su vida, no le iba a negar hacerlo durante la muerte, así que me abrí paso entre escritores, poetas, ensayistas, y mucha más gente de la mala vida, hasta llegar a lugar seguro.

Si ya era un infierno vivir en España, la situación no mejoró, los supervivientes nos unimos para luchar juntos, pero no salió demasiado bien. Mi padre era alcohólico, y una tarde apareció por el refugio tambaleándose, con la ropa sucia, y se lo cargaron. Mi madre..., bueno, ella intentó soportar como pudo la muerte de mi padre, y se lió con uno de los maduritos sexys del refugio.

Llegó el día en el que alguien dijo de reproducirnos para sacar a flote a la humanidad, y la idea me gustó, pero para hacerlo más fácil para las mujeres decidieron que escogiesen ellas. ¿Sabéis lo que es estar en una habitación rodeado de tíos en pelotas, mientras que la chica que te gusta desde primaria te mira con cierto asco y escoge a otro tío?

Decidí irme. Algunos decían que en Barcelona no había zombis, que era un lugar seguro, pero en el norte siempre dicen que el sur es cojonudo, y en el sur dicen lo mismo del norte. En Barcelona siempre ha habido zombis, basta con pasear por las calles en navidad, simplemente, ahora mordían a la gente en lugar de mirar los escaparates con expresión vacía. Decidí que si todo el mundo se iba a Barcelona, yo iría al sur, a Cádiz, y emprendí el viaje en busca de un paraíso terrenal. Alguien me habló de un pueblo en la sierra, me dijo que allí había zombis, pero que tampoco es que fuesen demasiado molestos.

—En Bornos lo que nos jode no son los zombis, sino el paro —me explicó—, por eso yo me he venido al norte.

Y decidí emprender camino hacia Bornos.

Lo primero que comprendí fue lo difícil que era salir de un Madrid asediado por los zombis. Si moverse por la capital ya era jodido sin zombis, ahora, con coches quemados por todas partes, restos humanos pudriéndose por los rincones, y hordas de muertos andantes yendo de un lado a otro..., no mejoró la cosa. Tuve que esconderme a veces, otras me tocó correr al frente de un puñado de zombis, también me paré a mirar un escaparate con videojuegos y me llevé algunos, sin pensar mucho en que ya no había electricidad.



Cuando en el cine muestran una escena en la que un protagonista tiene que cubrir una distancia enorme, a menudo lo muestran con cortos de diferentes puntos del camino. Lo que no suelen mostrar nunca son las ampollas, ni tampoco la cantidad de días que pasan, largos y aburridos. Descubrí aquellos días que no me gusta caminar, por lo que centré la mayor parte de mi atención en conseguir un coche que funcionase.

No sé conducir, necesité tres intentos para arrancar un coche que tenía la primera marcha puesta, y varios más para meter la marcha, y otra docena más para salir en primera sin calarlo. Al final ya venían los zombis, pero avance unos diez metros en coche antes de encontrar un bloqueo, o mejor dicho, estrellarme contra un bloqueo.

Fui encontrando coches que pude usar para avanzar, pero las autopistas estaban muy mal en algunos tramos. Atropellé a un montón de zombis y a un repartidor que se quejó cuando lo impacté, pero fingí no oírle y todo salió bien.

Pasaron los días, y podéis creerme cuando digo que los días pasan muy despacio cuando lo que haces es viajar hacia un punto concreto por carreteras bloqueadas, plagadas de zombis. Además no tengo ningún tipo de navegador, los satélites empezaron a caer cuando la humanidad dejó de mantenerlos en sus órbitas, una carísima y tremenda lluvia de estrellas.

No sé muy bien dónde fue, pero encontré cuatro zombis persiguiendo a alguien, y, como ya estaba preparado, no fue complicado abatirlos. El truco para destruir a los zombis es matarlos sin que lo maten a uno, así de sencillo.

Y resultó que perseguían a una mujer, una chica preciosa, se llamaba Adela, y cuando me vio acercarme cual caballero de brillante armadura..., bueno, después de unos días de matar zombis, de viajar mucho, y de alimentarme con cada cosa que encontraba en los camiones abandonados en las carreteras, mi aspecto físico no era demasiado portentoso, y hay que añadir que no es fácil dar con una ducha en medio de un apocalipsis zombi.

—Podría haber sido peor, no mucho peor, pero peor —lamentó.

Ella iba hacia el norte, yo hacia el sur..., pero si ella me lo hubiera pedido, habría seguido su camino. Me dijo muchas cosas, me contó que su familia había muerto a manos de la horda zombi, que había estudiado para peluquera, y que llevaba mucho tiempo sin tener sexo.

Y allí estábamos, en la parte trasera de un camión, rodeados de zombis muertos. Lloré cuando se quitó la ropa, y ella también lo hizo cuando la imité, supongo que por envidia, porque tenía yo más pecho que ella.

Entonces se abrió la puerta y aparecieron unos tipos con melena que me miraron mal.

—¿Has matado tú a estos zombis? —me preguntó el que parecía ser el jefe.

—Un poco —admití.

No resulta sencillo ser locuaz cuando se está en pelotas, con una erección, y ganas de saber qué es eso del sexo.

—Vaya, y te sentirás muy orgulloso después de matar a un puñado de zombis indefensos, ¿verdad?, oh, por favor, ahora puedes violar a esa chica, ya sabemos de qué palo va la gente como tú.

—Asesino.

—¡Degenerado!

El ser humano siempre ha sido bastante estúpido, especialmente en manada, y aquellos habían decidido fundar un grupo pro derechos de los zombis. Habían vivido en una comunidad aislada, sin zombis, y ahora habían decidido ir a insultar a los que los matábamos para..., en fin, para sobrevivir. Me soltó una diatriba sobre cómo actuábamos los seres humanos, al tiempo que los demás asentían y gritaban "eso" o "así es, humano". Llamaban "hermanos zombis" a los muertos andantes, y celebraron una pequeña ceremonia en la que devolvían a los "hijos de la tierra" a su madre Gaia.

Me cortaron totalmente el rollo, pero por suerte, apareció otra horda, y por algún motivo los zombis ignoraron los gritos de "calma, hermano finado, somos amigos" y de "no tienes que masticarme la rótula, hermano, porque te comprendo". He de admitir que nunca he visto a nadie ser devorado con tal tranquilidad, y también voy a admitir que estaba tan harto de buenismo, que de no haber aparecido los zombis, yo mismo me los habría cargado a todos y luego me los habría comido, más por joder que por hambre.

Me marché, manteniendo vivo el recuerdo de Adela desnuda, una imagen que me daría calor en las noches siguientes. Me la habría llevado conmigo, pero por efecto de algún mordisco fue ella una de las que mordía con más apetito.

Y al final, después de vivir intensas aventuras, me encontré con un labriego que trabajaba en un campo. Me dijo en un dialecto andaluz bastante cerrado, que Bornos quedaba cerca, que siguiera adelante. Al verle allí, tan tranquilo, pensé que había llegado a un lugar sin zombis.

El primer letrero que vi, me intrigó. Estaba mal escrito, pero deduzco que preferían la ilusión de un trabajo a la recompensa de hacerlo bien.



Encontré más carteles, y luego vi el pueblo. No había muralla, no tenían vigilancia, sólo estaban a la vista aquellos letreros de imaginativa ortografía y..., nada más. El paisaje era impresionante, se veía un pantano cojonudo a lo lejos, las casas, castillo, convento...

Un señor se acercaba por la carretera con una mula, me miró unos minutos con curiosidad.

—Disculpe..., ¿No atacan los zombis esta zona? —quise saber.

—Claro que sí, de vez en cuando se ponen farrucos y les tenemos que calentar, pero por lo general hacen caso de los carteles, si no..., cobran —señaló el nudoso palo que llevaba.

—Pero..., ¿carteles?

—No sé, nos dijeron que era cosa de un recuerdo residual, estamos tan acostumbrados a que nos prohíban cosas que hasta muertos tenemos miedo de las multas.

Era maravilloso, la receta para vivir en paz con los zombis españoles era precisamente esa, que estaban acostumbrados a multas exageradas por cualquier infracción.

—Entonces habrá mucha gente viviendo aquí —pensé.

—Nah, cuatro gatos, aquí el problema no es que nos sobren zombis, sino que nos falta trabajo, hasta los zombis se están yendo a Alemania.

Y así terminó mi periplo, así encontré un remanso de paz. Nunca entendí el motivo de que la gente se fuese del pueblo en busca de trabajo. Supongo que al final todo se reduce a que somos seres humanos, estemos vivos o muertos, y eso implica que tenemos cosas muy arraigadas en nuestro interior, ya hablemos del pánico de los zombis a las multas por incumplir lo que dice en los letreros, o de la capacidad de la gente de asumir que la economía ha cambiado desde el "fin" del mundo.

Pero bueno, en el fondo esto no está mal, y mientras nos queden derivados de los lácteos sin caducar, y suficientes simios libres de enfermedades, podemos volver a ser lo que... podemos ir tirando.



# El pasaje del terror

Bombi Charmer

Ser un friki del terror es algo que llevo bien. Me es indiferente que mis amigos exageren con mis gustos, que las chicas no los entiendan o que en el trabajo me miren como a un bicho raro. Sí, es cierto que me convierte en un solitario obsesivo, pero es que he terminado por desarrollar una extraña adicción a esa sensación que te provoca el estallido de adrenalina que el temor más profundo derrama.

No puedo evitarlo. Y voy necesitando más, ya que cada vez me asustan menos cosas. Mi mente se acostumbra a convivir con el miedo y me exige que las emociones crezcan. Es complicado.

Hasta que llegó la tarde del pasado jueves. Era pleno mes de agosto y a las ocho de la tarde el calor seguía siendo soporífero. Solía elegir estas fechas porque Madrid se vaciaba de gente que huía, en su mayoría, a la costa en busca de agua. Todos los años visitaba “El pasaje del terror” con intención de descubrir las novedades que hubieran introducido ese año.

Éste no había gran cosa que ver. Lo recorrí sin sobresaltos y salí de allí defraudado. No se me escapó el hecho de que mi nivel de exigencia pudiera llegar a un punto demasiado alto para los actores, pero era algo inevitable.

Al salir escuché voces de personas que escapaban de algo aterradas. Cuando mi vista se acostumbró al sol de cara pude distinguir las figuras de cuatro zombis que perseguían a la gente que atestaba el parque. Pensé que, este año, la novedad se encontraba fuera y me gustó. Los actores estaban maquillados de forma maravillosa. A uno de ellos le faltaba medio rostro del que le colgaba un ojo. Otros dos, una chica y un hombre mayor, mostraban sus miembros carcomidos bajo las ropas y otro más se movía sin un brazo. Los movimientos eran espasmódicos y dotados de cierta anarquía. ¡Era fantástico! Sentí cómo la adrenalina comenzaba a circular por mis venas y aplaudí agradecido por el show.

Pero, para mi sorpresa, allí no acababa la cosa. Varios de los que corrían debían de ser actores. Una señora gorda resbaló con la sangre del suelo y fue alcanzada por uno de ellos. El tipo le arrancó, con suma facilidad, la clavícula de un mordisco. Una cantidad ingente de líquido rojo saltó del cuello de la mujer mientras ella aullaba como si le doliera. ¡Aquello cada vez parecía más real y la gente debía de creérselo! Todos corrían desesperados, agrandando el círculo que rodeaba la macabra escena. Los cuatro

se abalanzaron sobre la señora que dejó de gritar. Estuve por vociferar de felicidad cuando aparecieron tres guardas de seguridad armados que dispararon contra los actores. Éstos hicieron como que recibían los balazos y gruñeron cayendo hacia atrás. El elenco de actores crecía con un realismo que me pareció impresionante. Lo que me extrañó un poco fue ver el cuerpo desmadejado de la mujer en el suelo. Los efectos eran inmejorables. Quise acercarme a verlo, pero la manaza de uno de los guardias me lo impidió.

- ¡Aléjese de aquí! ¡Dios mío, es imposible!

Los zombis se levantaron como si no nunca les hubieran disparado y cargaron contra sus agresores. Normal; eran zombis. Los guardias salieron corriendo y uno de ellos tropezó, cayéndosele la pistola. En un alarde de realismo continuó con la huída sin recogerla. Yo lo hice en su lugar. La pistola pesaba y los actores, al ver que sus presas volaban, posaron en mí su atención.

He de reconocer que, a esas alturas, comencé a tener miedo y mi cuerpo danzó de placer como hacía mucho tiempo que no lo hacía. Con la tranquilidad que da el saber que todo es ficticio dirigí el cañón de la pistola a la cabeza del que tenía más cerca y disparé. Cayó como un fardo mientras su sesos volaban en una danza siniestra por los aires.

Comencé a tener dudas sobre la veracidad de lo que ocurría. ¿Tenían previsto ese efecto especial en caso de que alguien les apuntara a la cabeza? ¿Me acababa de cargar a un zombi de verdad?

La sensación de profundo terror fue casi orgásmica. Descargué tres balas más sobre las cabezas de los otros tres. De repente me olvidé de las dudas y me introduje como actor principal, mientras observaba los cuerpos caídos a mis pies. La señora gorda intentaba arrastrarse hasta mí e hice lo mismo. Había acabado con los cuatro.

Un murmullo a mi espalda me sacó de mi ensimismamiento. La gente se agolpaba despacio para ver el fruto de lo ocurrido. Un guardia, con gesto de admiración, me pidió que le devolviera la pistola.

Han pasado seis días y la epidemia se ha extendido por toda España. Parece incontenible. Comienzan a ser demasiados y ya no hay dónde huir. Las autoridades han pedido ayuda para poder enfrentar la amenaza y yo me he presentado voluntario. Ya sé que no son actores, pero en mi caso no cambia nada. Me han dado un subfusil, una pistola y cantidad de munición.

Por fin, la realidad está a la altura de mis expectativas.

## EL VIEJO QUE CADA DÍA VEÍA MORIR AL SOL DESDE SU AZOTEA

Juan de Dios Garduño

*O la vida es una puta muy embustera, o nosotros somos unos optimistas natos y con pocas luces. Pensó.*

El viejo *Martin Fish* agarró su también vieja silla de pescador y se sentó a observar el horizonte desde su azotea. El sol, herido de muerte, lanzaba cual gemidos lastimeros sus rayos, otorgando a la ciudad el macilento color anaranjado de su agonía.

Cerró los ojos unos segundos y dejó que la tibieza del ambiente acariciara su rostro surcado por el tiempo. Una agria sonrisa se dibujó en la comisura de sus finos y secos labios. ¡Qué calma!; el ánimo se le encogía ante lo que sus ojos podían abarcar. La ciudad, el cadáver de ella, le devolvía la mirada a través de sus calles sucias, de sus ventanas oscuras como ojos de araña; pero ella lo hacía con pena, con nostalgia de lo que fue y nunca volvería a ser.

Vio, abajo, uno de esos seres maltrechos y contrahechos que caminaban desorientados, buscando una comida que ya no necesitaban, gobernados por una gula sin sentido. Algunos, antes del apocalipsis, les llamaban no-muertos. Él los denominaba “no-vivos”, era más realista.

Agarró su Winchester con mira telescópica. Pensó que la delicadeza de su culata de madera de roble era ya algo anacrónico, perdido. La acarició suavemente, mirándola, frotándola contra la mejilla como si se tratase de la mano ávida de una amante; después, encañonó el arma y observó la calle de enfrente, la que daba acceso al callejón sin salida donde estaba su edificio.

Aquí y allá los observó, parados; no-vivos plantados en mitad de la vía, como si de sus deformes dedos hubiesen nacido raíces que destrozaran el suelo hasta llegar a las entrañas de la madre tierra. Se balanceaban, se mecían como si sus brazos fuesen delgadas ramas a punto de quebrarse, como si sus dedos fuesen caducas hojas que no quieren echar a volar a merced de la sinfonía del viento y perderse en caprichosos remolinos.

Dejó la escopeta a un lado y se recostó un poco en su incómoda silla de pescador. Tapó sus ojos con la gorra y escuchó a la ciudad. La ciudad le decía cosas a sus viejas orejas, en realidad era, casi como una persona, a veces le hablaba, a veces le gritaba y, la mayoría de las veces, callaba.



Le gustaba ver morir al día allí, por eso asistía cada puesta de sol a la azotea. Porque Martin Fish creía que también podía morir abrazado por el ocaso. Que debía yacer junto a él.

Apoyó el cañón del arma en su quijada. Estaba relajado. Respiró hondo.

*Muy bien, muchacho; hoy podrás hacerlo, estoy seguro. Ya nada te queda aquí, ni a ti ni a nadie. Pon fin a esto, antes de que te estés sin comida, o antes de que mueras de otra manera menos digna. Todos los que te importaban han muerto ya, hace semanas que no ves a un vivo y la vida tampoco te sonrió tanto como para que le tengas este aprecio. No postergues lo inevitable.*

Sí, ya casi estaba convencido. Presionó débil, casi imperceptiblemente el gatillo. Un poquito más y sus sesos se esparcirían por la azotea como el confeti en una fiesta de cumpleaños. Un poquito más y diría adiós a tan patética existencia. Un poquito más y...

*No puedo; soy un cobarde, tengo miedo.*

Apoyó de nuevo el arma en el suelo y la miró mientras una traicionera lágrima delataba su impotencia. Se odiaba a sí mismo, se daba pena a sí mismo, pero era incapaz de darse muerte.

Un ruido en el callejón llamó su atención. Dio un brinco de la silla, que cayó hacia atrás casi sin quejarse, por lo menos no tanto como sus articulaciones. Martin Fish vio un pequeño bulto con el pelo rubio que corría y se adentraba en el callejón, en la tela de la araña. Los no-vivos habían arrancado de las entrañas de la yerma tierra sus raíces y caminaban lentos tras la niña, como si con cada paso tuvieran que levantar kilos de tierra adheridos a sus pies. Estiraban sus ramas hacia ella, anhelaban que el bosque la devorara y que su sangre regara el infértil suelo de asfalto para poder alargar así su no-existencia, un poco más.

Sólo un poco más.

Martin Fish la vio acorralada, no tendría más de cinco años. Se preguntó cómo había sobrevivido sola y cómo moriría ahora.

—¡En el contenedor de basuras, escóndete ahí, niña! —le gritó con todas sus fuerzas, haciendo bocina con las manos y sin saber exactamente por qué la ayudaba.

La pequeña levantó la vista. Apenas discernió la enclenque silueta del viejo Martin Fish encima del edificio. Después, echó a correr hacia el contenedor metálico de basura que quedaba a su derecha y que estaba cuajado de moscas, botellas y bolsas ro-

tas. Ayudándose con varias cajas de plástico consiguió introducirse en él y cerrar la tapa justo en el momento en que un no-vivo acariciaba la tela de su vestido sucio y se llevaba la mano vacía hasta su casi desdentada boca.

Martin Fish pasó toda la noche en la azotea y, la niña, dentro del contenedor. A veces, él intentaba averiguar algo sobre la pequeña utilizando su mira telescópica. Pero la noche era cerrada, fría, y no lograba discernir nada que no fuesen formas vagas. Aunque algo sí tenía claro: el callejón estaba infectado de aquellos seres putrefactos, que con sus gemidos, le hacían temblar de pánico.

*Muy bien, héroe, ¿ahora qué harás?*

*No tengo que hacer nada más, he hecho lo que he podido.*

*¿No vas a ayudar a la niña?*

*Yo no la he metido en esto, no estoy obligado a hacerlo.*

*Creo que eres más cobarde de lo que pensaba.*

*No tengo apenas munición, ni más armas. No arriesgaré la vida para salvar la de nadie. Bastante me costó conservar la mía.*

*Pero es una niña...y tú quieres suicidarte...*

*La muerte no distingue de edades... ir sería un suicidio "demasiado doloroso".*

Cuando el sol renació, Martin Fish estaba de pie, al borde de la azotea y con una manta roída y maloliente por encima de sus estrechos hombros. Le dolían los huesos por haber pasado la noche a la intemperie, la edad no perdonaba.

Aquello tenía peor pinta de lo que creía.

La niña, fustigada por los gemidos de los no-vivos, se había pasado casi toda la noche gritando y llorando, esto había llamado más la atención de sus atacantes. Ahora el callejón era un bosque tupido de manos, piernas y cabezas. Una vorágine de hambre insaciada, una orgía de tripas, sangre y putrefacción. Si la niña aún vivía, era simplemente porque los no-vivos habían olvidado cómo se abre la tapa de un contenedor. En el momento que el hambre hiciera presa de la pequeña ésta intentaría huir, entonces, moriría...

*Y bien, ¿qué piensas hacer, héroe?*

*¿Otra vez me lo preguntas?*

*Algo tendrás que hacer, ¿no?*

*Ya no hay salvación. Ni aunque quisiera podría ayudarla.*

*Creo que ahora, en eso, estamos de acuerdo. Pero, quizás puedas... aliviar su muerte, ¿qué opinas?*

*¿Matarla?, estás loco...*

*Dirás: estamos. Recuerda que estás hablando contigo mismo. Pero, piénsalo: ¿cómo preferirías morir tú, comido vivo o de un disparo rápido e indoloro en la cabeza?*

*No pienso matar a nadie, olvídale. Aunque esto parezca una especie de eutanasia, no lo haré.*

Un par de horas después observó, con la mira telescópica, cómo la tapa se abría levemente. Apenas una rendija que hacía penetrar un fino cuchillo de luz.

—¡Socorro! —gritó la niña— ¡Ayúdeme!

Mientras que a Martin Fish se le congelaba la sangre, a los no-vivos se les calentaba. Enloquecieron, se empujaron unos a otros, agolpándose hasta formar una masa compacta. Una marea grotesca donde los gritos y gemidos semejaban a una tormenta en ciernes. Algunos incluso, ante los empujones, consiguieron subir encima de la tapa metálica del contenedor y cerrarla de nuevo. A Martin le recordaron en cierta manera a las fieles hordas de musulmanes que giraban en torno a la Meca.

*Ve rezando por ella.*

*Jamás he rezado, no pienso hacerlo ahora.*

*Acaba con su sufrimiento, al menos.*

*No soy un Dios, no tengo derecho a quitar una vida.*

*La van a descuartizar, puedes evitar su dolor. Una bala, sólo una bala.*

...

*Vamos, sé humano.*

...

*Hazlo*

*No es fácil, aunque se ha perdido lo mejor de la vida: No tendrá que soportar cómo los amigos, uno a uno, la van traicionando. Ni tampoco tendrá que aguantar a un marido borracho, que le pegue y crea que tiene derecho a violarla por ser su esposa. Ni tendrá que llorar por unos hijos desagradecidos que se irán de casa, harán sus vidas, y se olvidarán prácticamente de ella hasta el día que tengan que firmar para enterrarla en un bonito cementerio a las afueras de la ciudad...*

*Conoces bien la esencia de la vida, viejo zorro...*



Aún así, Martin Fish no estaba para nada convencido. Le tembló el pulso cuando volvió a fijar la mira en el contenedor metálico. Podía ver una pequeña rendija, ahora que no había no-vivos encima de la tapa.

—Se debe estar asfixiando del olor de ahí dentro, joder —dijo en alto.

Tenía que hacerlo. Debía matar a aquella niña, por su bien. Jamás creyó, el viejo Martin Fish, encontrarse ante tamaño dilema moral. ¿De qué manera, de las dos que había, debía convertirse en un asesino? La opción A era dejarla morir cruelmente a manos de los no-vivos. La opción B era “sacrificarla” para evitarle un dolor físico inimaginable.

La tapadera del contenedor se abrió un poco más. La niña observaba aterrorizada a su alrededor, las caras deformes, los cuerpos desmembrados, la muerte rondándola, ajena a las tribulaciones de aquel viejo que cada tarde observaba la muerte del día desde su azotea. La tapadera se abrió un poquito más, podían vérsese sus manitas haciendo fuerzas, la parte baja de su mentón, su cuello.

Iba a salir, a entregarse a la jauría. Su cabeza ya estaba al descubierto. Esto aceleró el proceso mental del viejo.

—Opción B —dijo Martin Fish.

Y apretó el gatillo, sintiendo el temblor del arma en sus manos y en su mejilla.

A través de la mira pudo ver cómo le volaba una mano a la niña y la tapa caía atrapándola en el interior del contenedor. Había fallado, y los gritos de la pequeña, arrastrados por el viento que se había levantado, le recriminaban tan grave error. Martin Fish se quedó helado, con los ojos como platos y la mira aún puesta en el contenedor metálico. Sorprendido, a la par que horrorizado, de haber errado el disparo.

Los no-vivos habían enloquecido. Lamían las manchas de sangre que habían salpicado los rebordes de la tapadera del contenedor de basura. Se empujaban unos a otros, se peleaban por un trozo del minúsculo dedo de la pequeña que había caído fuera.

La escena, unida a los gritos de dolor de la niña que se desangraba en su féretro de metal, provocaron en Martin Fish tal sensación de vértigo que a punto estuvo de caer de la azotea. Dio dos pasos hacia atrás, se retiró del borde y se agarró el pecho. Trastabilló y cayó al suelo de culo. Su espalda crujió y él emitió un grito.

El arma había caído a su lado.

La agarró; lloraba.

*¿Qué he hecho, joder, qué he hecho?*

Metió en su boca el cañón del Winchester. Lo hizo con tantas ganas que le dieron arcadas y a punto estuvo de vomitar; el sabor metálico le dio grima. Cerró los ojos mientras sentía sus flácidas mejillas empapadas por las lágrimas. Apretó el gatillo un poco y...

*No puedo hacerlo, soy un cobarde...*

Martin Fish se arañó con la gravilla la palma de las manos al levantarse. Se enjugó las lágrimas y se sacudió de polvo el pantalón. Era hora de bajar a su piso. Al cerrar la puerta de la azotea aún podía oír los gritos de la pequeña y la voz de la locura, haciéndose más fuerte en su cabeza.

Ya subiría de nuevo a la tarde, cuando el sol cayese en el horizonte y las luces di-eran paso a la oscuridad. Quizá entonces podría yacer junto al crepúsculo.



- **Perdonen las molestias...** (por Charlie Charmer)

*Señoras y señores, interrumpimos nuestro programa de música de baile para ofrecerles un boletín especial desde Radio Noticias Saurias. Según nos informa nuestro corresponsal García del Pozo, las autoridades de algunas localidades al Norte de Laño han dado la alarma por la repentina desaparición de gran parte de sus habitantes, por lo que se ha creado un cordón de seguridad que impide a los periodistas traspasar dicho perímetro. Seguiremos informando. Hasta entonces, continúen disfrutando de nuestra programación musical:*

- ♪ *Si supieras que aún dentro de mi alma conservo aquel cariño* ♪...

Miren elevó el muslo, tensando la raja de la falda hasta el punto donde comenzaba a correr serio peligro la costura. Atrapó la pierna de Blas como un cefalópodo paraliza a su víctima y, del mismo modo, se encontró con un *partenaire* agarrotado y poco dispuesto a colaborar. El joven hadrosaurio (un blasisaurio, por supuesto) parecía haber perdido de pronto el interés por el plan de la pareja de deslumbrar a sus amigos en la fiesta de la facultad con los pasos de aquel viejo tango.

- ¿Qué te pasa?
- ¿Es que no lo has oído? ¿No te preocupa que esté desapareciendo la gente?

Realmente, a Miren lo único que le preocupaba en ese momento era la imagen que podía dejar de su paso por la Universidad de Laño. Su expediente académico no era precisamente brillante y las malas lenguas decían que, si se había graduado, se debía a las visitas *privadas* con que obsequiaba a algunos profesores en vísperas de los exámenes.

Blas sabía que su reciente romance con la chica más deseada de la clase se debía en exclusiva a la proximidad del baile de fin de curso y sus conocidas dotes para el conto-neo. No sólo no le importaba, sino que lo había asumido como otro *premio* a los cientos de horas que había pasado en la academia, como la Medalla de Plata de AurreSKU o el diploma al Dantzari Promesa de Laño... ¿o era “del año”? Es igual. Pero vamos, que si a Miren le gustaba el tango, pues se bailaba el tango.

- El que vas a desaparecer eres tú como no nos salga mañana el *ocho cortado*...

El único problema que había era que Miren no mantenía bien el eje porque no seguía adecuadamente el torso de Blas, preocupada por no dar un traspies al meter él su pata para *cortar* el paso. Tendría que mover la cresta hacia el lado contrario, para contrarrestar el empuje de la cola. El bailarín se lo había dicho varias veces, pero ella insistía en que era él quien debía tener cuidado. A pesar de todo, la hadrosauria tenía cierto sentido del ritmo y una escultural figura, por lo que nadie se fijaría especialmente en este tipo de detalles, de modo que Blas había terminado desistiendo de sus comentarios.

- Está bien. Vamos allá otra vez...

La pareja continuó sus progresiones a lo ancho de la pista que habían improvisado en el garaje de la casa de la joven. Aunque se había ocupado de fregar el suelo a conciencia para evitar resbalar en una inoportuna mancha de aceite, aquella dura superficie no tenía mucho que ver con la tarima del gimnasio de la facultad, y las imperfecciones del pavimento, poco aptas para deslizarse con tacones de aguja, ponían a prueba continuamente sus reflejos. Al final de un *boleo*, la tapa de uno de los tacones salió disparada, golpeando a Blas en la cara.

- Mierda. Espera, que voy a cambiarme de zapatos.
- Por mí no te preocupes, estoy bien –dijo el joven, echándose mano al pómulo; un centímetro más arriba y se habría quedado tuerto.

Apenas le hubo dejado solo, la retransmisión volvió a interrumpirse:

- *Última hora sobre las extrañas desapariciones próximas a Laño. Según declaraciones de testigos presenciales a García del Pozo, algunos de los desaparecidos han regresado a sus lugares de residencia. Parecen ser presa de una enfermedad desconocida, presuntamente contagiada por otros animales, que afecta directamente al apetito, volviéndolos tan voraces que no dudan en atacar a sus propios vecinos.*

Blas creyó oír un ruido en el exterior. Era como si alguien estuviera intentando forzar la portezuela del garaje. Cuando Miren apareció, se encontró al joven empuñando un hacha, con la espalda pegada a la pared.

- ¿Se puede saber qué estás haciendo?
- ¡Ssssh! Calla. Hay alguien ahí fuera. Le he oído arañar la puerta.
- Debe ser Bruno. Es la hora de la comida.
- ¿Dónde vas? No... no abras.

Miren hizo caso omiso y Bruno entró todo lo rápido que una tortuga podía, agradeciendo a su dueña la atención a lametones.

- No sabía que tuvieras una mascota –trató de recomponerse Blas, volviendo a clavar la herramienta en el tronco del que la había sacado. Sin embargo, el corte no fue muy profundo y su propio peso la habría hecho precipitarse al suelo y mellarse sin remedio si no hubiera intervenido oportunamente Miren. La joven levantó el mango sobre sus hombros, como el más experto aitzkolari, y de un certero tajo, hundió el hacha en la madera casi hasta media hoja. Blas tragó saliva. Ya no sabía si estaba más seguro fuera o dentro de aquella casa.
- Eres muy raro, ¿sabes? No sé si ha sido buena idea escogerte como pareja... de baile –dijo Miren mientras acercaba un cuenco con agua a Bruno.

Efectivamente, hasta entonces no se habían tocado más que para bailar. El premio de Blas no dejaba de ser un futurible, si todo salía bien y triunfaban en la pista. El joven era demasiado inexperto para darse cuenta de que ese tipo de hadrosaurias tienen alma de político (o viceversa): sus promesas duran sólo hasta que consiguen lo que buscan. Sintió algo de envidia de Bruno. Con apenas un par de lametones, había conseguido ya su abrevadero.

- Es que no estabas aquí. Han dicho por la radio que... (la música volvió a detenerse) Escucha, escucha.
- *Continúan los ataques de los afectados por la extraña plaga al Norte del país. Afortunadamente, la enfermedad parece afectar también al sistema locomotor, provocando una falta de coordinación entre los miembros que permite a las víctimas potenciales alejarse con facilidad. No obstante, recomendamos no aproximarse a quien muestre los síntomas que ha detectado el Instituto de Salud de Iberoarmórica, que ya ha bautizado la epidemia como Z.O.M.B.I. (Zoonosis Obsesiva Mórbida Bacteriano-Infeciosa): ojos vidriosos, eccemas, vitíligo, pitiriasis, erisipela, erupciones y, en los casos más graves, lepromas con abundante pérdida de tejido muscular...*

Blas reparó en la vítrea mirada de la mascota, para la que sacar la lengua hasta el cuenco parecía suponer un auténtico esfuerzo. Debía tener un millón de años, calculó.

- ¿Estás segura de que Bruno no tiene el zombi?
- No digas estupideces –dijo Miren, agachándose a abrazar al quelonio.



- *...Según informa el ISI –continuó el locutor-, el origen de la epidemia podría estar relacionado con el meteorito que impactó hace unos años en Zumaia. Como recordarán, el cambio climático que siguió...*
- Eso está a cien kilómetros de aquí –observó la joven-. Si los enfermos se mueven tan torpemente, tardarán años en llegar. Sigamos con el baile, pues.
- Ni hablar. Han dicho que los ataques se estaban produciendo *en los alrededores* de Laño. Voy a llamar para que me vengán a buscar. Ya seguiremos ensayando cuando la epidemia esté controlada...
- Esto me pasa por invitar a bailar a un *umegorri*. Me está bien empleado.
- ¿Dónde está el teléfono?

Miren abrió la puerta que comunicaba con el descansillo. La cresta le había enrojecido por momentos y meneaba el rabo de un modo agresivo.

- Ahí, en la cómoda junto a la escalera –dijo, quitándose los zapatos.

Blas se aproximó al aparato y levantó el auricular. Comunicaba. Era comprensible. La centralita debía estar saturada tras las últimas noticias. Él vivía a algo más de un par de kilómetros, demasiada distancia para hacerla andando con los afectados por la epidemia merodeando en las proximidades.

Dado que estaba condenado a permanecer en aquella casa, al menos hasta que se reestableciera la línea y se acercaran a buscarle, lo más sensato era tratar de reconducir su relación con Miren para hacer la estancia lo más llevadera posible.

En los escasos segundos que tardó en regresar junto a la chica pudo escuchar la sirena de, al menos, tres coches de policía. Pensó en salir a pedir ayuda, pero todos pasaron fugaces y, con toda probabilidad, las consecuencias *reales* de la plaga les preocuparían más que los miedos de un adolescente.

- Tienes razón. Estamos lejos de Zumaia. No hay motivos reales de alarma. Podemos seguir bailando, si quieres.
- Ya no hay música –respondió desencantada mientras le daba algunas sobras de comida a Bruno-. Sólo echan la tontería esa de los zombis.

Blas sacó la botellita de agua de la mochila y se sentó junto a la radio.

- *...y cada vez son más los paisanos que han visto zombis en el bosque, dirigiéndose a Laño. Se recomienda que nadie salga de su casa y...*

En ese preciso momento, alguien aporreó la puerta de la entrada.



- ¡Ya están aquí! ¡Ya están aquí! –gritó Blas, dando un salto en silla.

Una histeria irracional parecía haberse adueñado del blasisaurio, que miró convulso en todas direcciones y acabó huyendo por la puerta que comunicaba con el descansillo, de donde se dirigió escaleras arriba, dejando a Miren sola y completamente indefensa.

Mientras entraba en la primera habitación que encontró, pudo oír claramente cómo la puerta de la calle se abría y la chica lanzaba un grito desgarrador. Quizá debería haberse sentido mal por haberla abandonado a su suerte, pero en ese momento no era capaz de pensar en otra cosa que no fuera su propia supervivencia.

Por la cama de matrimonio que la presidía, dedujo que se había refugiado en la habitación de los padres. Al intentar esconderse bajo el catre tocó algo húmedo que su imaginación, desbocada por el curso que estaban tomando los acontecimientos, pudo identificar al instante como un charco de sangre. Tal vez los zombis ya habían estado antes allí y habían terminado a mordiscos con los infelices progenitores de su “novia”.

Un siniestro gruñido terminó por decidirle a meterse en el armario, pues la otra opción que manejaba era tirarse por la ventana, lo que le habría costado algún miembro fracturado y, lo que es peor, poder tener que vérselas herido con los zombis que hubiera en el exterior.

- Aitá, no deberías haber pegado a Bruno, pobrecito.
- Pues que no te hubiera mordido, ay va la hostia. Lo mismo tiene la rabia o algo, ¿has visto cómo gruñe?
- Porque se ha enfadado contigo por pegarle. Es que confundió mi dedo con un gusano, la culpa es mía por darle la comida con la mano sin mirar. Y otra cosa, la próxima vez a ver si te acuerdas de llevarte las llaves... ¿y si yo no hubiera estado en casa?
- Pensaba llegar más tarde pero, al oír las noticias de la radio, me alarmé y, como no hay manera de que la operadora coja el teléfono, vine a ver si estabas bien.
- Pues claro que estoy bien, ya me ves. Pero empiezo a estar es un poquito harta de los zombis esos, ¿es que nadie sabe hablar de otra cosa?
- Pero, *txiki*, pueden contagiarte...
- ¿Es que no me has comprado vacunas? ¡Pero si la farmacia pilló de paso...! ¿Y para qué has venido, pues?
- ¿Vacunas...? Eh, pues yo... Sí, ya las he encargado. Ahora que he visto que estás bien, voy por ellas. Cierra la puerta con llave, ¿vale?

Según giró el último cerrojo, Miren subió a buscar a Blas. Tenía que sacarle de allí antes de que regresara su padre.

- ¡Blas! ¡Blaaaaaas!

La puerta del armario chirrió lentamente, como un quejido agonizante. El sonido orientó a la joven, porque Blas no era capaz de articular palabra. Se lo encontró allí dentro, lívido, embutido dentro de una de las chaquetas de su padre, temblando de un modo vergonzoso.

- ¿Qué haces ahí, tontoligo? ¿crees que es hora de jugar a los disfraces?
- Los... los zombis... ¿han entrado los zombis...?
- ¡Qué zombis ni qué niño muerto! Era mi padre, pero ya lo he largado con una excusa. Tienes que desaparecer de aquí antes de que regrese, vamos.
- Bajo la cama... sangre...

La hadrosauria se agachó y, al ver la bacinilla tumbada, prorrumpió en carcajadas.

- Pero, serás... Has volcado el orinal de aitá, que padece de la próstata...

Blas se acercó las pezuñas a los orificios olfativos, provocándose una arcada. Salió corriendo de la habitación pero no pudo esperar a encontrar el baño para vaciar el estómago, así que se agarró a la barandilla y descargó por el hueco de la escalera.

---

Mientras fregaba el desaguado, Miren echaba pestes de aquel niño, que trataba de recuperar el resuello con la cabeza entre las pezuñas, en una silla del recibidor. La puerta del garaje estaba abierta y el soniquete de la radio contribuía a rasgar el gélido silencio que se había instalado entre la pareja.

- *...y por eso queremos desmentir todas las supuestas apariciones de zombis. Como dijimos al principio de la retransmisión, no se trataba más que de la dramatización de un conocido relato de ciencia-ficción, pero parece que mucha gente no escuchó la introducción y la policía se ha quejado a la emisora de la multitud de llamadas que ha recibido de gente que decía haber visto a infectados merodeando sus domicilios. Tanto García del Pozo como Radio Noticias Saurias lamentamos mucho estos incidentes y no nos queda más que decir que... perdonen las molestias.*

# Extinción

Mc Encinas

Sólo le tenía miedo a una cosa; a convertirse. Le tenía verdadero terror. Se había escondido durante el asedio y lo había hecho no por cobardía, sino por sobrevivir. Todos los suyos habían caído. Sólo quedaba él.

Ahora el silencio lo bañaba todo. Poco a poco y arrastrándose salió de su escondite. Estaba en alerta ante cualquier sonido amenazante, que delatara la presencia de aquellas bestias que quería exterminar a toda su especie. Al ver que no había peligro se incorporó y miró a su alrededor. Por todos lados había signos de pelea. En algunos quedaban restos de sangre, llena ahora de moscas, el olor era bastante agradable. Se arrodilló y con el dedo índice la tocó y se la llevó a la boca. El hambre empezó a brotar desde sus entrañas eliminando el miedo que le hacía ser precavido. Se olvidó de ser cauto y avanzó dejándose guiar por su olfato. Tardo poco en localizar un bocado para saciar su apetito. El alimento estaba solo, sonrió para sí, en solitario no eran nada, una especie inferior, sólo en manadas eran peligrosos. Monstruos. Dio un paso más al frente, entonces una red cayó sobre él y en pocos segundos lo inmovilizó. Lo habían atrapado. Estaba aterrorizado, intentó zafarse mordiendo la cuerda y con sus afiladas uñas arañar a su captor, pero nada consiguió. Era el fin, el fin de toda su especie. Hizo un último esfuerzo por liberarse pero solamente consiguió desgarrarse más la piel. Los miro desafiante, pero ninguno le devolvió la mirada.

-¡Pónsela ya, antes de que consiga soltarse!-Gritó uno de ellos.

El que estaba a su lado se agachó. Llevaba una gruesa jeringa en la mano. No notó el pinchazo, pero sí sintió el vértigo que le llevaba hacia el vacío oscuro de la extinción de su especie y el cambio a una inferior. Miró con horror como su piel se regeneraba y tornaba color carmesí. Dejó de oler la sangre, dejó de oler la comida que estaba junto a él. Dejó de sentir.

El cambio había concluido con éxito.

Los humanos habían pasado años buscando una cura, luchando por su propia supervivencia. Ahora en menos de seis meses habían conseguido un fármaco que convertía a los zombis de nuevo en humanos. Este era el último que quedaba, les había costado mucho cazarlo, pero por fin lo habían conseguido. Hoy la paz volvía a las calles, a los bosques. Podrían volver a salir de sus casas sin miedo, pero ¿Hasta cuándo?





# COSAS QUE SE LE DAN BIEN Y MAL A LOS ZOMBIES



COMPETICIÓN DE COMER CARNE HUMANA CONTRA HANNIBAL LECTER




CORRER UNA MARATÓN



CRITICAR PELÍCULAS DE ZOMBIES






TÚ COMER  
CEREBROS POR MAÑANA,  
CEREBROS POR TARDE Y  
CEREBROS POR NOCHE.



SER  
NUTRI-  
CIONISTA



TENER  
UNA  
PAREJA  
VEGE-  
TARIANA



¿SEGURO  
QUE NO  
QUIERES UN  
POCO DE  
ENSALADA?

MI  
NUTRICIONISTA  
DECIR QUE SOLO  
CEREBRO.



CON QUE TÚ SER  
MUY FLEXIBLE ¿NO?



HACER  
POSTURAS  
DEL  
KAMASUTRA

## **This is the End.**

Joe Álamo

If The Doors of perception were cleansed,  
every thing would appear to man as it is: infinite<sup>1</sup>.  
William Blake.

–¡Ya está! Tenemos cita para hoy mismo. El doctor King me ha dicho que le llevemos cuanto antes, que si queremos nos envía una ambulancia. Dice que se va a poner en contacto con una tal Godwin en España que tiene un suero para tratar a los reanimados... ¿Qué pasa?

–¿A quién quieres llevar?

–A Robby, coño. ¿A quién va a...? ¡Joder! ¿Qué ha pasado? Hay sangre por todas partes. No me digas que se, se...

–Sí, se convirtió. Un desgastao, un puto zeta, tío. Un baboso que sólo sabía gemir... Uhhhhhh

–¿Te atacó?

–¡Na! A mí no me hizo nada, pero me di cuenta y le pegué un tiro.

–¿Estás seguro de que se había convertido?

–¡Sí! Ya te lo he dicho, colega, un puto zeta.

–¡Mierda! Me dijo King que la tipa ésta, la Godwin, es buena, que el suero está dando resultado... ¿Y ahora qué hacemos?

–Podíamos escribirle una canción, coño, dedicársela.

–Estoy yo para canciones.

–Venga, colega, se lo debemos. La convertiremos en nuestra mejor canción. La cantaremos en los conciertos. Los fans van a volverse locos...

–Hostia, tío, no me hago a la idea. Sin él las cosas no van a ser igual.

–Toma, echa un trago. Brindemos por ese cabrón; casi nadie tocaba como él.

–Por Robby.

–Por Robby.

–Oye, una cosa, ¿si no te atacó, cómo supiste que era un zombi?

–Coño, tío, se había liado a boca limpio con la Gibson...

–¿CON LA GIBSON? ¿La puta guitarra? ¡Pero si hasta dormía con ella!

–Ya te digo.

–Le dio fuerte la mierda esa de hacerse zeta.

---

<sup>1</sup> *Si las puertas de la percepción fueran depuradas, todo aparecería ante el hombre tal cual es: infinito.* William Blake. Este verso inspiró a The Doors el nombre del grupo.



–Más fuerte le di yo: un tiro en la cabeza; estalló como una sandía. ¡Bum, plaf!  
La pared llena de hueso, sesos...

–¡Corta, coño, hostia!

–Peor lo pasé yo, colega, que tuve que hacerlo.

–¿Y que ha pasado con la Gibson?

–Na, inservible. La ha dejado hecha un coladero. Yo creo que podíamos enterrarla con él.

–Buena idea. Le habría gustado.

–Primero fue Jim y su puto corazón. Ahora, Robby. Esto es el fin, colega.

–Joder, cuánta mierda.

–Ya te digo. ¿Echamos otro trago por la Gibson?

–Venga.

–Por Gibson.

–Por Gibson.



# MARKETING AGRESIVO

Bea Magaña

Lo vi por la tele. Hablaron de ello en las noticias. Las imágenes me impactaron. Luego vi los titulares. Uno decía: TERROR EN EL CENTRO COMERCIAL. El siguiente: INNOVADORA CAMPAÑA PUBLICITARIA. Desde la calle no oía la voz del locutor, pero pude hacerme una idea. No era el apocalipsis, era una broma.

Marketing agresivo, así lo llamaban. Yo no lo entendía. Un tipo disfrazado de Freddie Krueger saliendo de repente de detrás del cartel promocional de la nueva película de la saga tenía cierto sentido, pero ¿el puñado de zombis apostado al final de la escalera mecánica? Sin embargo, parecía que funcionaba. La gente se llevaba un susto de muerte, muchos salían corriendo como para salvar sus vidas, pero enseguida se echaban a reír y se acercaban con más curiosidad que desconfianza, algunos hasta sacaban un par de fotos con el móvil, y luego se iban tan tranquilos a seguir haciendo sus compras.

Funcionó tan bien que lo hicieron en más centros comerciales. La gente gritaba, reía y compraba. Y volvía al día siguiente a por más. Y a mí ya me venía bien, para qué negarlo: que la gente compre cosas significa cajas de cartón y ropa vieja en los contenedores, y muchos de los sustos acababan con un bocadillo abandonado en una papelera. Pero seguía sin entenderlo. ¿Qué le pasaba a la gente? Se acercaban a un tipo disfrazado de zombi como si se tratara de su superhéroe favorito y luego veían a alguien como yo y cambiaban de acerca, como si fuera a contagiarles la lepra o a darles un mordisco. Ya ves: los zombis dan asco pero molan, mientras que los indigentes solamente damos asco.

Con el paso de los días, la moda, en lugar de agotarse, se extendió de forma virulenta. De pronto había zombis de mentira en todos los centros comerciales. Y a medida que la campaña de marketing se hacía más popular, se volvió más agresiva. Los zombis ya no se limitaban a arrastrar los pies y a gemir, de pronto perseguían a la gente, como en las películas. Y la gente reía y aplaudía y se apiñaba para ver cómo esos actores tan metidos en su papel empezaban a morder a los que atrapaban mientras, móvil de última generación en ristre, sacaban fotos a diestro y siniestro para después colgarlas en sus muros de Facebook con la leyenda KEEP CALM & AGOTA LAS EXISTENCIAS. Esto también lo vi en las noticias.



Ignoro de dónde salió el primero. Fue imposible reconocerlo entre tanto maquillaje. Hubo muchos mordiscos, pero sólo uno bastó para iniciar la epidemia. La siguiente vez que hablaron de la dichosa campaña publicitaria en las noticias fue para dar un informe, no de ventas, sino de bajas.

Ahora ya no hay tele. Ya no hay centros comerciales. Ya no hay gente.

Ya no hay cajas de cartón vacías, ni ropa vieja en los contenedores de basura; tampoco hay comida. Pienso que voy a morir muy pronto. O de hambre y sed, o devorado por un zombi si la sed y el hambre me impulsan a salir de mi escondite.

Bueno, tampoco es que mi esperanza de vida fuera muy alta. En la calle no se vive demasiado tiempo. Lo que me reconcome estos días es que voy a morir sin saber qué demonios era lo que intentaban vendernos con esa campaña publicitaria.



# MAMI FUE LA PRIMERA EN CAER

JORGE URRETA

Mami fue la primera en caer.

Yo traté de avisar a papá y a Lorena, pero no me entendieron. Pese a que sólo tengo tres años, tener tantas ideas en mi cabeza y no poder expresarlas en condiciones no es algo que resulte divertido. Anhele hacerme mayor y que, como dice la abuela, se me entienda cuando hablo.

Lorena me trajo al piso de arriba y me dejó en mi cama. Igual que no hablo bien, a veces tampoco entiendo muy bien lo que me dicen, pero entendí perfectamente la palabra «infección». Yo antes no sabía qué significaba, pero la fui entendiendo desde que papá empezó a sentarme con él mientras veía esa serie de televisión. Le he oído hablar de ella muchas veces con mi tío cuando viene de visita. Se llama «De guain dez» o algo así.

No entiendo que me saquen de paseo fuera de casa habiendo por la calle gente enferma que mata a otros. Y entiendo menos que no me saquen con un cuchillo como los que llevan en televisión. Tengo miedo, porque creo que mi osito está infectado. Hace días se le cayó un ojo y el que le queda me mira mal. Mamá hizo algo para ponérselo otra vez, pero yo sabía que eso no podía durar, y anoche se le volvió a caer. Mamá no es médico de animales y estaba claro que algo así sucedería. Ahora está debajo de la cama y tengo miedo de mirar qué está haciendo.

No sé cuánto tiempo llevo aquí, pero estaba claro que no era por nada bueno. Pronto supe por qué: parece que Lorena también ha caído, y me aterra imaginar a mamá mordiendo a mi hermana para infectarla.

Papá me ha traído la comida y se le notaba raro. Parecía como esos de la televisión a los que sólo muerden un poco y tardan más en enfermar. Traía dos biberones y ha dicho, como si fuera lo más normal del mundo, que debía aguantar con ellos todo el día. Se le entendía algo de los abuelos y he sabido entonces que se acercaba su final. Los yayos tendrán que venir con cuchillos y hachas para salvarme, mientras papá, mamá y Lorena deambulan por toda la casa gritando y golpeando todo.

Sólo se oyen gritos de dolor y gente vomitando. Supongo que es lo que pasa cuando alguien se convierte en un «zombi», como llama papá a los de la tele. Será que cuando se convierten ya no pueden seguir comiendo y tienen que vomitar todo lo que hubieran comido antes. Tengo miedo, porque yo ayer vomité lo que mamá me dio de comer. ¿Habré sido yo? ¿Estaré infectando a todos y acabaré convertido en un zombi como ellos?

Lorena parece ser la que peor lleva la transformación. No se le oye gruñir ni nada parecido, pero dice que le duele mucho y que no aguanta más. Todavía no se debe de haber convertido del todo, porque la he oído usando el baño. En la tele nunca vi a uno de esos zombis usando un baño. Esto no me alegra, me da más miedo, porque en la tele se ve que no son capaces de entrar o salir de edificios, y si mamá, papá o Lorena todavía no se han convertido del todo, podrían llegar a salir de casa y convertir a todos los vecinos. Si es tan rápido como en la tele, para mañana todos serán monstruos y vendrán a por mí. Mamá siempre me dice lo tierno que estoy cuando me mordisquea las piernas. Parecía sólo un juego, pero ¿y si se infectó así? ¿Será verdad que los estoy contagiando yo? Tendría que hacer algo, pero estar encerrado no ayuda. Creo que papá y Lorena tratan de protegerme de mamá. Si ella fue la primera en enfermar, no quiero imaginar el aspecto que tendrá ahora.

Hace mucho rato que no escucho nada.

Ya no hay vómitos ni quejidos de dolor, y no sé si tener miedo o sentir alivio. Si han muerto por sí mismos, entonces igual no se habían convertido en zombis, pero seguirían muertos. Y si se han convertido y ahora se mueven con sigilo, entonces no les oiré cuando vengan a por mí. Y yo rodeado de bloques de construcción y piezas de puzzle, justo lo mejor para defenderse de esos seres.

Duermo, no porque quiera, sino porque toca y estoy muy cansado. Sueño con papá y mamá. Se acercan a mí lentamente con la mirada vacía, sin la alegría y el amor de antes. Lorena está detrás de ellos, pero se mueve más lentamente, Tiene el cuello muy torcido, como si se le hubiera roto, y anda a trompicones, como si también se hubiera roto una pierna.

La mano de mamá se acerca e intento gritar, pero no lo consigo.

Cuando ya creo que no voy a gritar logro hacerlo, justo en el momento en que la mano de mamá, fría como el hielo, me agarra un brazo.

—Hola cariño.

Abro los ojos con cierta dificultad y veo que no es mamá quien ha agarrado mi brazo, sino la abuela Lucía. No tiene mala cara, y eso me alegra. No parece ser zombi.

—Pobrecillo —se oye al otro lado de la habitación la voz del abuelo José—, todo el día encerrado solo en este cuarto.

Yo no sé qué decir, y sólo acierto a pronunciar un ininteligible «¿Qué?»

—Vaya —dice el abuelo—, el chaval también ha caído.

—No asustes más al crío, que ya se le ve bastante asustado —dice la abuela mientras me da un beso en la frente—. No pasa nada cariño, ¿sabes lo que es una gripe?

No, pero suena mejor que «zombi».

**FIN**

## LOS VIVIENTES MUERTOS

Daniel Rubio Martínez

Los zombis siempre han estado presentes en nuestra vida desde hace unos años. Se puede decir con la total tranquilidad de no equivocarse que desayunamos con ellos y con ellos vamos a la cama. De hecho, como poco, vivimos rodeados de ellos desde la Revolución Industrial.

Todos somos muy raros y abrazamos ideas apocalípticas, me da igual que seas creyente o no, todos lo hacemos. Cada uno ve el apocalipsis como le sale de los webs, eso está muy claro, pero creo que últimamente el apocalipsis zombi es el que más fuerte pega. ¿Por qué? Bueno, cada uno puede tener su teoría, con algunos he mantenido esta conversación, por eso de escribiros estas líneas y tal por orden de Adrián, que me obligó con un cuchillo en el cuello, pero eso no viene a cuento y me estoy desviando. El caso es que la mayoría me dice que simplemente les mola el rollo zombi; les atrae la idea de un mundo dominado por gente muerta que camina; la emoción de estar siempre huyendo; el enfrentamiento con vivos y demás, que para mí, todo son tópicos.

No me gustaron esas respuestas porque yo veo más en el mundo zombi, y eso que jamás he creado nada de ese estilo, al menos, no al uso. Yo veo zombis a diario. Tú también, estoy seguro, puede que no te hayas dado cuenta, pero todos vemos zombis, vivimos con zombis, o qué cojones, somos zombis. Y es por eso que en realidad creo que nos gusta tanto la literatura y el cine zombi, porque vemos en ello un relato calcado de la Sociedad que nos hemos montado donde sólo cambia el protagonista, que en vez de ser un muerto viviente, es un viviente muerto.

Otros me contestaron que les gusta, pero que tampoco pasa de ser una moda... bueno, una moda, una moda, lo que se dice una moda... no sé, yo no lo veo así. Yo sólo creo que desde 1697, año en que apareció el primer zombi en la Literatura lo único que han hecho es evolucionar en nuestra imaginación, pasando de ser muertos resucitados por un hechicero vudú para convertirlos en esclavos, a ser el muerto viviente de hoy en día, pasando por mil etapas diferentes. Los de hoy en día, son más jodidos, porque algunos corren que se las pelan, mientras que hace unos añetes sólo andaban despacito.

Por lo tanto, en mi opinión, los zombis nos gustan porque son el espejo de la Sociedad auto-antropofágica en la que nos convertimos hace ya unos cuantos siglos y que no para de evolucionar, cada época crea sus zombis, en la nuestra corren, son fuertes y aguantan mucho, como los viviente muertos, que aguantamos lo que nos echen.

# Los Zombis no saben nadar

Alfonso Zamora



## Día uno:

Lo primero de todo es presentarme: mi nombre es Erik, vecino del barrio Retiro, en Madrid, y un habitual del parque. Cada mañana acudía a sus jardines para correr, ya que el running es una de mis aficiones favoritas. Más bien lo *era*.

Aquel día amaneció tranquilo, sin novedad alguna ni noticias importantes o dignas de mencionar en la televisión ni en la radio. Siempre me ha gustado ser un tipo informado, ya que nunca sabes con quién te vas a cruzar en tu camino; pero ese día no había nada a destacar, por lo que sin entretenerme demasiado, me equipé debidamente para mi entrenamiento diario y salí de casa.

Las primeras sirenas de policía comenzaron a sonar alrededor de las diez de la mañana, aunque reconozco que apenas las escuchaba dado el volumen de mi reproductor mp3. Suelo, perdón, *solía* correr pegado a la verja que delimita el parque de lo que es la calle y que cierra por completo el enorme jardín en toda su extensión, marcándome un circuito mental para saber con exactitud los kilómetros recorridos. Esa costumbre en parte, me permitió sobrevivir a los primeros minutos del caos.

El otro factor importante fue mi excelente estado de forma; sí, no es que sea un tío cachas ni nada por el estilo, pero mis piernas han corrido maratones y eso se nota.



---

Todo hubiese sido diferente si esos hijos de puta se hubieran comportado como lo que realmente eran, cadáveres. Pero no, corrían como si lucharan por una medalla de oro en unos Juegos Olímpicos, salvo con la pequeña diferencia del trofeo.

El primero que vi, de cientos que vinieron después, fue una señora bastante rechoncha que aún tenía la bolsa de la compra agarrada con la mano, y corría soltando rebuznos por la boca sin un rumbo fijo. Aquello me llamó la atención, pero no paré; solo lo hice cuando de improviso, se abalanzó contra otra mujer que se acercó para preguntar si todo marchaba bien. Craso error.

El chillido agudo de aquella persona, retumbó en mis odios y hoy en día, sigo sin poder quitármelo de la cabeza. Cuando la mujer separó sus mofletes del cuello de la señora en cuestión, la imagen era dantesca. Había arrancado un buen trozo de carne, dejando al descubierto la espeluznante herida, de la cual comenzó a manar un chorro de sangre que dibujó una siniestra flor rojiza sobre el suelo. Y fue cuando me vio.

Mi reacción no fue la de huir, si no la de tragar saliva y pensar con sangre fría qué cojones estaba pasando. Poco duró mi letargo, cuando vi que *el morcón* lo tenía a escasos diez metros de mi yugular. Ahí sí que corrí, vaya que sí.

No fue difícil dejar atrás a semejante *morlaco*, lo complicado fue cuando los que comenzaban a entrar al parque, presentaban un físico más cuidado. Cuando todo indicaba que acabaría como comida para gatos, el estanque que preside El Retiro, me dio la solución.

Perseguido ya por más de diez personas, ninguna de ellas con la intención de saludarme con cierta educación, y extenuado por la intensa carrera, salté al agua y entre hambrientas carpas, me hice con uno de los botes que permanecían amarrados al muelle, y que durante décadas han servido para deleite de los visitantes al parque. El vigilante no estaba, al igual que el resto de los mortales, que presas del pánico, trataban de ponerse a salvo como buenamente podían.

Agazapado y dejando asomar solo la cabeza, vi como uno tras otro caían al estanque como auténticos borregos, chapoteando con los brazos en alto y sin dejar de mirarme. Se hundieron, como es lógico, hasta que dejaron de aparecer. Mientras en tierra firme, galopaban por los alrededores, sin reparar en mí; unos corrían como hienas, y otros deambulaban en una especie de letargo.

Al tercer día de mantenerme a flote en el centro del lago, mantenido con pequeños sorbitos de mi bebida isotónica y unas barritas de cereales que siempre forman parte de mi equipo, me atreví a remar con las pocas fuerzas que me quedaban hasta una de las orillas en vista de la poca actividad que presentaban los alrededores, pero el intento resultó ser sumamente peligroso. Desistí.

Sin apenas dormir, entumecido por el frío y con la incertidumbre de no saber qué había pasado en la ciudad, logré mantenerme con vida los primeros días. Los otros casi seis millones de madrileños, no lo lograron, y ahora me buscan desesperados y hambrientos.

Día siete:

Sucio, mojado por el rocío de la mañana y con un dolor en el pecho que apenas me dejaba respirar, observaba como el agua iba colmándose de lo que antes se llamaban personas.

Ya había sobrepasado la semana dentro de este ataúd flotante, mis intentos por salir de aquí habían sido inútiles. Debió ser mi olor, o que esos putos cabrones tenían la capacidad de comunicarse entre ellos, pero cada vez llegaban más, y más violentos. No dejaban de precipitarse al agua, pero había tantos ya, que los de arriba se mantenían fuera del agua pisoteando a los del fondo.

Era como un niño en una colchoneta, rodeado de tiburones. Los remos me sirvieron para disuadir a varios de los más intrépidos, aunque este hecho me costó perder uno de ellos.

La desesperación, o el hambre, estaban machacando mi conciencia por lo que no quería tomar decisiones que a la postre me dejaran triturado bajo sus dientes.

Día diez:

¡Acabo de caer al agua! No sé qué ha sido, ya que estaba tratando de dormir, pero el golpetazo ha sido muy fuerte y ahora trato de voltear la barca sin éxito. Algo acaba de tocarme un pie, y ya no sé si ha sido una carpa, o algún podrido cabrón.

¡Está muy fría! El pecho me quema, y empiezo a no sentir las piernas. Noto dolor en ellas, pero no logro identificarlo.

Abrazado en la madera, floto con la mirada perdida, notando los pequeños tirones que van dando de mí esos monstruos. Ya no siento el frío, tampoco el dolor de mi pecho.

Un líquido rojizo se eleva a la superficie, rodeando mi cuerpo. Apenas tengo fuerzas para seguir sujeto a la barca. Tengo la tentación de soltarme y dejarme llevar por esta sensación de paz que extrañamente estoy sintiendo. Sangro por la boca, y cuando bajo la mirada les logro ver, por fin.

Comen lo que queda de mí. Se reparten como buitres, lo que un día fui.

# CÓMO SOBREVIVIR A UN HOLOCAUSTO ZOMBIE

José Martín Bartolomé

Cualquiera que vea nueve o diez horas de tele al día –es decir, cualquiera- se habrá dado ya cuenta de que el holocausto zombie está ahí, a la vuelta de la esquina.

Hace años, pensábamos que lo iniciaría un experimento fallido de algún científico loco, pero los recortes en I+D han solventado ese peligro, así que es probable que la cosa empiece por los espías americanos que, tras horas y horas de intervenir conversaciones entre Rajoy y Rubalcaba, se conviertan en muertos vivientes y empiecen a morder a la gente.

Sea como sea, conviene estar preparadas. Sí, hablo en femenino, porque esta guía va más dirigida a mujeres que a hombres. Vosotras, chicas, estáis más cerca del peligro zombie.

Lo primero que hay que dejar claro es que no podéis defenderos de un zombie como de un tío normal, un pesado de discoteca o un pagafantas medio. Es decir, lo que hacéis conmigo no os valdrá con ellos. Nada de llamar a un tío más grande –si es un zombie grandote, será el monstruo de final de película o el jefe de pantalla del videojuego- y nada de usar el spray de pimienta. Nada de darles la espalda. Eso os vale con nosotros, y además nos permite miraros el hilillo del tanga, pero con los zombies es inútil.

El vestuario es muy importante a la hora de enfrentarse a un zombie. Chándales horteras, camisetas del Decathlon y en general, ropa tipo Paris Hilton en La Casa de Cera pueden parecer adecuados, porque os permitirán correr rápido y tal, pero no lo son. Los muertos vivientes, que sólo están un paso más cerca de la muerte que los pagafantas, se sienten atraídos por esos tejidos pegaditos y de colores vistosos. Por supuesto, unos leggins de Calzedonia tampoco son recomendables, por el mismo motivo. Es mejor vestirse con ropa de la que se pone vuestra abuela para ir a misa.

En caso de que vuestra abuela use Calzedonia, ya sabéis cómo contactar conmigo.

El lenguaje corporal tiene mucha importancia. Cuando os mováis por las calles infestadas de zombies, en busca de comida, vehículo o cualquier otro recurso básico, como esmalte de uñas, olvidad esos contoneos de cadera tipo “voy a llevar al límite el elástico del tanga” y esa espalda recta.

Los zombies os distinguirán en seguida.

Lo importante es parecer uno de ellos. Así que fijaos bien en los muertos vivientes que os rodean. Si son ochenteros, ya casi viejunos, andarán encorvados, con los brazos colgando a los lados y las articulaciones laxas. Vuestra manera de caminar ha de ser la misma que cuando salisteis del after tras la despedida de soltera de la Jenny, ni más ni menos.

Ahora bien, si los zombies son más de la última década, y esto lo sabréis porque llevarán ropa más indie y bolsitas mariconeras para el ipod, son zombies rápidos, capaces de husmearos a distancia y de saltar por encima de coches, trepar por farolas y trabajar en equipo. En ese caso, hacedle una caidita de pestañas al tío más cercano y que vaya él a por lo que haga falta.

En todo caso, no pocos cómics y pelis de serie B nos han enseñado que husmear es muy de zombie, nos encuentran a menudo por el olor. Y a las mujeres, por el olor que delata que tenéis el periodo. Otra putada

de la regla. Si estáis en esos días durante el holocausto zombie –ningún mal viene solo- sustituid el tampón por un AmbiPur para que no os cacen.

Es importante encontrar un lugar donde hacerse fuerte, refugiarse de los millones de zombies que llenan las calles de Nueva York –o de un pueblo pequeño de Cáceres, siempre vienen a millones aunque la población anterior del lugar fuese de cuatro abuelos y siete vacas-, encontrar armas y provisiones.

La mayoría de la documentación existente nos lleva aconsejaros un buen centro comercial como refugio. Hay de todo, en grandes cantidades, y además la mayoría de las veces ya estáis dentro, así que será fácil.

Una vez atrancadas las puertas del centro comercial, reunido el material, encontradas algunas armas capaces de acabar con cualquier tío –sección de caza, chicas, no de lencería por esta vez- y afianzada la posición en la azotea, no queda más que aguantar el tipo, disparar a la cabeza de unos cuantos tipos que se colarán por salidas de aire o treparán a la azotea, y esperar que venga el héroe a rescataros.

Como la mayoría sois chicas, esto puede pareceros machista, lo de esperar a un héroe de acción todo loco que os libere, pero algunos cálculos estadísticos realizados tirando dados de juego de rol indican que será la Mila Jojovich, así que tranquilis.

En cuanto a los hombres, os daréis cuenta de que os he obviado en esta breve guía, pero tiene una clara explicación.

Como es bien conocido, los zombies se alimentan de cerebros. Estamos perdidos, en general, ni siquiera trataremos de defendernos. Todo el mundo sabe que pensamos con el miembro, y aún no se ha visto a un hombre defenderse cuando alguien viene a comerle la polla.



\* Ilustración tomada de <http://www.forosperu.net/temas/chicas-sexys-zombies.6535.5/>

# NO HAY FINAL FELIZ...o quizá sí.

by José Manuel Durán Martínez

El padre empujó a su hijo dentro de la habitación y después cerró la puerta con violencia. Se oyeron los golpes al otro lado, los lamentos de aquellos muertos vivientes que habían logrado perseguirlos hasta ese edificio. El hombre se volvió para enfrentarse a su pequeño. Se agachó sobre él y le cogió por los hombros.

—¡Escúchame, Carlitos!

El niño temblaba de miedo. Su mente retenía las imágenes de los zombis caminando por las calles desiertas. Decenas de cuerpos muertos agachados sobre personas que aún pataleaban en el momento en que los monstruos le sacaban las tripas a bocados. Los gritos perduraban dentro de su cabeza, como pelotas de tenis que iban de una pared a otra de su cerebro. Las lágrimas cubrían sus ojos y aún así no pudo apartar la vista de la herida en el hombro de su padre. Podía verse claramente la huella del mordisco que una de esas criaturas le había propinado cuando los muertos los alcanzaron a la altura del callejón. La sangre manaba en abundancia y resbalaba por todo su brazo hasta alcanzar el suelo.

—¡Carlitos!—el hombre zarandeó el cuerpo de su hijo y logró que moviera los ojos para mirarlo de frente—La cosa se ha complicado, cariño. Tienes que quedarte aquí, ¿entiendes? Yo... yo voy a ir a esa otra habitación.

El hombre señaló una puerta que había a la derecha y después miró la principal, por la que habían entrado. Los muertos aporreaban la madera como si tuvieran martillos en sus manos. Sus lamentos lacónicos se escuchaban al otro lado, como el sonido de un ejército impaciente. Estaban hambrientos y ellos eran su comida. No se marcharían hasta que hubieran acabado con ellos.

—Voy a encerrarme en la habitación y no quiero que abras la puerta bajo ningún concepto, ¿comprendes, Carlitos? Oirás golpes, me escucharás gritar pero ¡jino abras la puerta!

El hombre atrajo a su hijo hacia sí y se fundieron en un fuerte abrazo. El padre tosió y de su boca surgió un gorgoteo de sangre coagulada, como si de gelatina se tratara. Cayó de rodillas al suelo y bramó de dolor. El niño se apartó a un lado y con los ojos muy abiertos retrocedió unos pasos hasta que su espalda chocó con la pared. Carlitos contempló la agonía de su padre, que rodaba por el suelo mientras se sujetaba el estómago. Sus entrañas ardían por dentro y sufrió espasmos. Miró por última vez a su hijo; sus ojos perdieron el brillo y la vida y aún así, lo siguió contemplando. El amor que profesaban los ojos se cubrieron de una tristeza infinita y aquella tristeza poco a poco se fue disipando para que su lugar fuera ocupado por el ansia



---

y la necesidad de llegar hasta él y comérselo. Esa fue la razón por la que los brazos del hombre se alzaron y sus manos, con los dedos agarrotados como tiesos gusanos, trataban de alcanzar al pequeño. De su boca surgió un rugido inquietante y después un complejo sonido de jadeos que se convirtieron en una terrible amenaza.

El niño rompió a llorar mientras su padre se perdía en la oscuridad para surgir de una forma monstruosa y cargado de un hambre atroz. Cuando vio que se levantaba, el pequeño se orinó encima y el líquido caliente resbaló por sus piernas hasta formar un charco bajo su cuerpo. En ese instante, la puerta que lo separaba del resto de monstruos se vino abajo y una docena de muertos vivientes irrumpieron en la habitación con sus cuerpos putrefactos. Torpes y lentos lograron adueñarse de la estancia y pasaron por encima del padre, que cayó al suelo y se agitó como un muerto inexperto. Carlitos lanzó un grito desgarrador y poco a poco se dirigió hacia la puerta que tenía al lado, donde su padre quería encerrarse para protegerlo de su conversión.

A duras penas llegó hasta ella. Fue en el momento en que giró el pomo cuando notó el arañazo a la altura del tobillo. La sangre manó de inmediato y un dolor insoportable le invadió toda la pierna dejándola inmobilizada. Después llegó el primer mordisco, al que siguieron otros. Gritó, trató de zafarse y bajó la mirada para ver que los muertos vivientes, con aquellos rostros cubiertos por llagas, heridas y gusanos, se abalanzaban sobre él. Entre aquellas horribles caras, atrapado en una muerte que se había detenido en un instante, reconoció el semblante oscuro de su padre, con unos ojos cargados de odio e inyectados en sangre que lo observaban desde lo más lejano de una oscuridad infinita. Sintió los mordiscos. Aquél era su fin. Carlitos no quiso luchar. Estaba atrapado entre el mar huesudas y sucias manos, de uñas rotas y venas aplastadas por la mugre. Oyó el llanto de un bebé y después el grito de una mujer. A través de la puerta que había abierto en un vano intento por librarse de aquél ataque, contempló un nuevo horror.

Una mujer permanecía de pie con el rostro asaltado por el terror y el espanto. Un niño de apenas unos meses se agitaba entre sus brazos como si fuera consciente de que la única frontera que los separaba de la muerte en vida era una puerta que se había abierto de improviso. Junto a ella un grupo de niños, con las caras descompuestas y los ojos abiertos por la angustia y el pavor, se encontraban inmóviles, contemplando la entrada.

Esa entrada fue tapada por los cuerpos deformes y podridos de los muertos, ansiosos por alcanzar al grupo de vivos. Entre ellos, caminaba encorvado su padre, que avanzaba a trompicones hacia sus nuevas presas, que retrocedían lentamente, conociendo la llegada de su final.

Carlitos rompió a llorar. Había condenado a muerte a aquel grupo de supervivientes. Sentía mucho dolor y la oscuridad cayó sobre su alma mientras sus ojos permanecían abiertos para contemplar la matanza.



---

Escuchó los sonidos de los muertos vivientes jadeando como perros rabiosos y los alaridos de los vivos. La mujer pidió auxilio y el bebé rompió en un llanto que lo acompañó hasta la fría profundidad de la muerte.

Cuando Carlitos despertó con un hambre que lo dominaba, ya no recordaba nada. Se puso en pie. Apenas podía caminar pero logró asomarse al interior de la habitación. La sangre había teñido de rojo el lugar y el olor a muerte era el único alimento que podía encontrarse allí dentro. Se sintió sólo. Se dio media vuelta y bajó por las escaleras. En la entrada del edificio una figura erguida lo observaba con cierto interés.

Carlitos se detuvo unos instantes y después avanzó con la cabeza ladeada. Algo se agitaba en su interior, algo que le relaciona con aquel muerto y que no podía explicar. Era una sensación extraña. Se acercó hasta él y sintió que los dos tenían un hambre atroz.

Ambos muertos se miraron en silencio. Trataron de hablar pero de sus gargantas rotas emergieron siniestros sonidos que se convirtieron en quejidos profundos. El más alto enseñó sus manos, en las que sujetaba el brazo de uno de los niños que habían sido despedazados en la habitación de arriba. Carlitos abrió los ojos y se abalanzó sobre la carne que devoró en apenas unos segundos. ¡Tenía más hambre, mucha más!

Ambos zombis comenzaron a caminar por las calles desiertas. Se dirigían hacia ningún sitio y cambiaban de dirección en función a los gritos de los vivos que se escuchaban en las esquinas de la ciudad o bien seguían a grupos hambrientos de muertos vivientes con el objetivo de encontrar presas vivas de las que alimentarse.

El vacío que sentían en su interior, el dolor en sus estómagos a causa del hambre que los golpeaba desde sus pútridas entrañas, los hacía sentirse tristes y perdidos. Sin embargo, ese vacío inexplicablemente se llenó con un simple gesto. Ese mismo gesto redujo el dolor que los sacudía y la tristeza desapareció de inmediato. Ambos muertos se habían agarrado de la mano y caminaban juntos y hambrientos.

Padre e hijo avanzaban por las calles de la ciudad con las manos entrelazadas. Ya no se sentían solos, no estaban perdidos. Se tenían el uno al otro. La muerte en vida les daba otra oportunidad. Bajo el rostro deforme de Carlitos se podía entrever una expresión de júbilo y sus labios dibujaron una sonrisa que desapareció en el instante en que un grupo de asustados vivos cruzó por delante de ellos, a apenas unos metros de distancia. Carlitos apretó la mano de su padre y juntos comenzaron a correr con el deseo de alcanzar la comida viviente que huía hacia el abismo de la sinrazón.

# Esperando al del gas

Pepo, el estrafalario

Tenía que pasar. Tantas horas delante de la caja tonta terminaron por afectarme. No puedo culpar a nadie, mis conocidos me advirtieron de que mi ingesta masiva de telebasura debía tener por fuerza efectos nocivos. Uno de mis más allegados me aconsejó, con la mejor voluntad, que me desintoxicara leyendo. Pero había llegado a tal punto de teleadicción que ya no me era posible concentrarme y, cada vez que lo intentaba, debía abandonar con dolor de cabeza antes de concluir el primer párrafo.

Es lo que tiene llevar tanto tiempo en paro, que no sabe uno llenar las horas y al final acaba delegando en los medios. Craso error. Y no vaya usted a pensar que yo era un tarugo sin ambiciones ni cultura. Aunque no había llegado mucho más allá de los estudios obligatorios, siempre me había interesado por todo lo que me rodeaba. Incluso frecuenté la biblioteca nada más quedar desempleado, si bien he de reconocer que mis búsquedas se centraban en manuales de autoempleo y similares. Pero, de vez en cuando, también me llevaba alguna novela para capear la monotonía. Hasta que perdí un libro y, por vergüenza, no me atreví a volver. Por vergüenza y porque no tenía dinero para pagarlo.

Un día me senté frente al televisor y ya no fui capaz de levantarme.

No podría explicar muy bien cómo sucedió. Supongo que me abandonaron las fuerzas y decidí dejar de luchar. Seguramente, los mensajes deprimentes que me bombardeaban desde todos los canales (porque al principio aún conservaba la capacidad de apretar los botones del mando) contribuyeron decisivamente a mi abandono. El mundo estaba en manos de psicópatas e incompetentes y cuanto hiciéramos por intentar cambiar las cosas era inútil. Lo único con sentido que cabía hacer era esperar que la muerte llegara cuanto antes para rescatarnos.

Recuerdo una vaga sensación de calor en la entrepierna, que tardé en asimilar como la propia pérdida del control de esfínteres. Creo que fue mi último instante de autoconciencia, pues no logro hacer memoria de cuándo el hambre y la sed comenzaron a hacer estragos en mi ya deteriorado organismo. Tampoco sé si el proceso llevó horas o días. En un momento dado, mi alma abandonó aquel receptáculo inservible y se quedó flotando cerca del techo, compadeciendo a quien la había albergado durante aquellos tristes años. Imagino que me sentía, de algún modo, responsable de lo que había sucedido y me velé a mí mismo hasta que llegara alguien que se encargara de mis despojos.

---

Poco tiempo después apareció mi mujer, que me había abandonado seis meses atrás harta de pasar apuros y necesidad. Por fin, alguien iba a llamar a la funeraria para que se hiciera cargo de mis restos. Pero, por lo que pude observar, Julia estaba más preocupada por unos documentos que necesitaba que por mi lamentable destino. Apenas me dirigió una breve mirada y un comentario despectivo antes de encerrarse en el dormitorio a revolverlo todo. Y eso que, a esas alturas, mi organismo debía desprender un hedor suficientemente alarmante. No debió encontrar lo que buscaba y comenzó a proferir toda serie de improperios. De pronto, se presentó en el salón y, llevada de un arranque de sinrazón iracunda, me escupió en la cara y me insultó por tres veces:

- ¿No vas a decir nada, Facundo? ¡Te odio, Facundo! ¡Respóndeme, Facundo!

Impulsado por alguna oscura fuerza, me incorporé de un salto y agarré su cuello con ambas manos. La infeliz que, de un modo tan involuntario y absurdo, me había despertado con aquel sortilegio apenas tuvo tiempo de arrepentirse de su imprudencia. Ahogué su grito hundiéndole los dedos en la tráquea antes de arrancarle una oreja de un mordisco. Fue una reacción instintiva que debe comprenderse dentro de aquel contexto aberrante. Pero lo cierto es que el sabor de la sangre y aquel cartílago bailando entre mis molares despertó otro instinto aún más poderoso: llevaba varios días sin probar bocado. Cuando terminé con Julia, apenas era reconocible.

Dicen que los zombis trasladan su enfermedad a quienes muerden. Ignoro cuanto puede haber de cierto en la leyenda. En el caso de mi mujer, dados los escasos miembros que no tuve fuerzas para devorar y desmembré para conservar una reserva en el frigorífico, esto, sencillamente ya no era posible.

Agotado por la carnicería, volví a mi sillón y continué dedicándome a mi afición favorita. Cuando sentía rugir al demonio en las tripas, me levantaba y me preparaba un sándwich conyugal. Si hubiera sabido que, al final, había conseguido darme tanto placer, seguro que le habría ayudado a olvidar todos aquellos reproches que me hacía sobre mis dudas sobre su feminidad. No es que no me atrajera sexualmente, es que la monotonía se había instalado en nuestra relación. Pasa en las mejores familias.

Un día acudí a la nevera y Julia ya no estaba.

Aquella tarde, una pareja de testigos de Jehová llamó a mi timbre. Alguien, en alguna parte, había escuchado mis plegarias.

Hace ya un par de semanas de aquello y mi despensa vuelve a estar vacía. Pero no será por mucho tiempo. Mañana toca la lectura del gas.

